



—Cueca sin vino es brasero sin fuego —me dijo, en cierta ocasión, un guaso del sur— fino cador y bailarín incansable. No podemos concebirla, por consiguiente, sin su esencial animador, el vino de los viñedos del valle central, de la cordillera de la costa y de otras regiones de Chile.

Sin embargo, la cepa europea, que generó la valiosa producción vinícola chilena, es anterior en varios siglos a la adopción de la cueca, como su baile de la tierra, de carne y espíritu criollos.

Es indiscutible ya el origen peruano de nuestra danza nacional. La cueca o zamacueca procede de la marinera chola, especialmente de la llamada "marinera de cajón", porque los chalanos y limeños la acompañaban, mediante atabales cónicos, sobre los cuales tamborileaban acompasadamente con los dedos o los nudillos de sus manos. Lejana semilla de Africa en la decoración americana de la danza.

Tal acompañamiento supervive en la cueca chilena, pero substituído por el tamboreo en la caja de la guitarra o del arpa en el

palmotear de los que animan a la pareja que baila; no obstante, en los primeros tiempos de la república también los rotos de las chinganas usaron toscos tamboriles para acompañarla.

A principios del siglo XIX, la cueca estaba en boga en las chinganas y parrales de los suburbios de la capital. De ahí se trasladó a los campos donde, en realidad, adquirió su carácter terrígeno.

Junto al incierto resplandor de las lámparas de las chinganas y parrales, no sólo se allegó el pueblo desharrapado, chillón y patriota. Don Diego Portales fué asiduo de las chinganas, y llegó a ser célebre su amistad con unas cantoras que llamaban Las Parralinas. El austero Ministro, en las chinganas de 1830, bailó y sonrió, olvidando, en las tardes de fiesta, los malestares que le aguardaban en su escritorio.

Al comparar la cueca con la marinera, observamos que sus cambios tan radicales, que la convierten en un baile diverso, se deben a factores de raza y de clima.

La marinera es huidiza y muer-

le; la cueca, más estática y ruidosa. La marinera es vernácula; la cueca, de un sabor clásico en sus líneas generales. Se transformó en contacto con un país más frío, en una tierra de vinos y con un tipo étnico más fuerte. Y, sobre todo, vibra en ella una tonalidad patriótica. Es hija de la Independencia y desterró, por su novedad y por su vitalismo, a los bailes coloniales de salón, como "El Cuando" o "La Sanjuriana".

En las chinganas santiaguinas se bailó con verdadero ímpetu coreográfico, que representaba a la patria nueva. En estas chinganas brotaron las letras patrióticas o amorosas, en que colaboraron guasos y rotos anónimos, pero ahora no se concibe la cueca sin el claro paisaje del valle central, cerrado por alamedas musicales y por lejanos cerros blanquiazules, frente al varón, donde amarran los jinetes sus caballos y donde miden su calidad de raza en topeaduras y complicadas carreras criollas. No sería posible imaginar la cueca sin el guaso de chaqueta corta, faja roja a la cintura y tacón alto, de resonante espuela.

Es la cueca, hoy, algo tan unido a sus paisaje y a sus costumbres, que el que intentase una historia integral de ella, no podría prescindir de la historia de Chile y de su producción agrícola.

Pero evoquémosla, ante todo, en la ciudad.

En la Pascua, en el Año Nuevo y en el Dieciocho, se levantarán ramadas en la Alameda y en el Parque Cousiño. Las ramadas no son sino chinganas de quita y pon. Lo rural siempre predomina.

A la Alameda no acudirán guasos montados y, por esto mismo, la cueca será más suave y medida, pero durante el Dieciocho en el Parque, junto a los olmos y eucaliptos, llegará el guaso en su caballo, con sus arreos campesinos, y así como armó la ramada, armará un varón y bailará su cueca, haciendo reteñir la bruñida espuela, tan fundamental como el tamboreo y el batir de las palmas de los que presencian el baile.

También hay la cueca marinera, que florece entre los barcos y los puertos, cueca quebrada y con atisbos de arte coreográfico pretencioso. Y la cueca de los marineros, la que se bailaba con el clásico "culón" de cuero, y que ahora resuena como un eco de un ayer suntuoso...

No hay en la ciudad ni en los campos un maestro que enseñe cuecas, ni es necesario. Niños y niñas, desde pequeños, la ven bailar a padres y hermanos y, sobre todo, vive latente el instinto de la danza, heredado de España, y existe el milagro dorado o sombrío de los vinos chilenos, que acrecerán los recursos ingénitos de los campesinos y harán más vivas sus aptitudes y más intencionadas las coplas y dicharachos regionales.

El vino constituye, si pudiéramos decirlo así, algo inmanente, porque la cosecha del año anterior persiste hasta la nueva vendimia. El vino es causa e incentivo; la cueca, resultado, consecuencia.

Recorre, así, la sinfonía anual del campo chileno, agregando las fiestas ya mencionadas.

Empieza con el alegre del ve-

rano. Los trigos están maduros. El sol madurga en los largos días sin nubes. Se hace fécula en las espigas, que respiran en su amplia ondulación de oro. Los álamos estrenan ya un traje nuevo, como las chinas y los guasos, los pájaros y los huertos. La trilla está próxima. Sea en el valle central, junto a la trepidación de los motores y trilladoras o en la pirámide amarilla de las eras, con un círculo de yeguas sudorosas, en las planicies de la cordillera de la costa. Huele el aire a tarde limpia, aromati-

da de poleo y a paja tostada por la siesta.

En damajuanas y chucos duermen los alegres burdeos, los borgoñas espesos o los mostos de rulo, que pisaron los vendimiadores en viejas zarandas de colihue.

Sonrisas alegres iluminan las caras morenas de las campesinas, y los guasos estallan en sanas carcajadas. La cueca surge sin esfuerzo, sin que nadie la pida, como natural consecuencia del momento.

Ya una pareja ha salido al



Estimula y agrada...

¡SOLA O MEZCLADA!

ruedo. Las guitarras están prestas en el regazo de las cantoras. En las desteñidas cuerdas ensayan acordes sus dedos morenos. Un guaso se ha arrodillado y golpea sonoramente con los nudillos en la caja. Inicia la cueca la cantora:

**En el mar hay una torre
y en la torre una campana,
y en la campana una niña
que a los marineros llama.**

Con estudiadas vueltas y reueltas comienza el baile. Hombres y mujeres se miran de reojo, dando la sensación de que tanteasen sus fuerzas y sus condiciones. Si la mujer se aleja, el hombre la persigue, tremolando su pañuelo, y al volverse la mujer, dobla bruscamente las rodillas y sus tacones, rematados en tintineantes rodajas, golpean en el suelo con energía. La mujer, moyiendo coquetonamente su pañuelo a la altura de los ojos, zapatea con suavidad, como si comprendiese y aceptase el viril desafío.

Con jovial frenesí se eleva la voz agria de la cantora:

**A la torre más alta
me subí un día,
por ver si divisaba
lo que quería.**

**Lo que quería, sí,
torre con torre,
repican las campanas
y el viento corre.**

**Repica el campanario
del cementerio.**

Febrilmente, tamboreos y batar de palmas han coreado todos los instantes de la cueca. Dichos y tallas saltan en medio del bullicio como petardos y voladores.

—Pillalá, que se te arranca.

Y uno, en el que revive la sangre de los palladores, remata la talla:

**—Ese mancarrón tan lerdo
no sirve pa'esa potranca.**

El bastonero grita su

—¡Aro! ¡Aro! ¡Aro!

Como si en cada ocasión que dijera la palabra salpicase de picardía a los bailarines. El baile termina. La sed empieza.

Los vasos, llenos de vino que echa chispas rojas al sol, parecen tener alas al pasar por las manos de los guasos y acercarse a las bocas sedientas. Y ahora el escenario cambia. La sinfonía tiene un compás de espera. Se fué el verano. El trigo aguarda en las bodegas o va a los molinos. Guindas y duraznos, sandías y melones han emigrado a las ciudades.

Bajo la túnica verdeclara de las parras maduran los racimos: negros, rosados, verdosos. Es que marzo ha llegado. Ya se abriga el campo con su descolorido poncho de hojas secas, que noventa soles quemaron. Es el otoño y el

adagio de la campestre sinfonía. Se ha iniciado la vendimia. Alegría de agarradoras entre las parras, penetrante olor de orujos y escobajos, zumbas de abejas y trinos de pájaros. Faena que embriaga al hombre y al paisaje. El vino, el "primer hijo del sol", según Baudelaire, germina ya en las grandes cubas y fudres, al abrigo de la sombra helada de las bodegas. La cueca tejeará, otra vez, su trama de gritos y movimientos, como una dionisiaca coronación de la vendimia.

Si el vino es la sangre de "algo" en nuestra tierra, este "algo" es la cueca, animada por los genios puros del mosto, donaire brioso en que el alma de la raza se despliega y danza impelida por el jugo maravilloso de sus viñas.

M. L.

